

El Angélico Doctor y el método científico en la escuela Teológica

DISCURSO

POR EL

M. I. Sr. Dr. D. Antonio de Blas y Ladrón de Guevara

**Canónigo Doctoral y Fiscal General del Obispado,
Correspondiente de la R. Academia de la Historia, etc.**

PUBLICADO EN LA

Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses

**ALMERÍA
PAPELERÍA INGLESA
1924**

El Angélico Doctor y el método científico en la escuela Teológica

DISCURSO

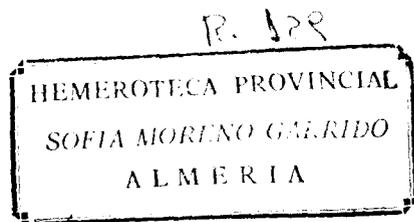
POR EL

M. I. Sr. Dr. D. Antonio de Blas y Ladrón de Guevara

Canónigo Doctoral y Fiscal General del Obispado,
Correspondiente de la R. Academia de la Historia, etc.

PUBLICADO EN LA

Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses



ALMERÍA
PAPELERÍA INGLESA
1924

Es propiedad, Queda hecho
el depósito que exige la Ley.



El Angélico Doctor y el método científico en la Escuela Teológica

DISCURSO

por el Muy Ilustre Señor Doctor
D. ANTONIO DE BLAS Y LADRÓN DE GUEVARA

Profesor de Teología Fundamental

en la Velada celebrada por el Seminario Conciliar el día 29 del presente mes, en
homenaje a Santo Tomás de Aquino en el VI centenario de su canonización

Ilmo. y Rdmo. Señor, ⁽¹⁾

Señoras,

Señores:

Momentos son estos de grande apretura para mí. Holgárame ahora de ser el último entre los presentes, no ya entre los que escuchan, sino entre los que aprenden, ante el riesgo de una empresa, si árdua y espinosa por el asunto que la motiva, más difícil aún por la debilidad de quien la emprende; pero vengo impelido por un deber indeclinable; porque Vos, Señor Ilmo. y Rdmo., con excesiva benevolencia, que sin duda os puso vendas en los ojos para no ver en mí la carencia de dotes necesarias, me indicásteis vuestro deseo de escuchar mi pobre voz en esta solemne ocasión; y ese vuestro deseo,

(1) El Ilmo. y Rdmo. Sr. D. Fr. Bernardo Martínez, O. S. A., Obispo de Almería, Presidente del acto.

tan digno de respeto como las leyes del honor, resonó dentro de mi espíritu como imperativo mandato, cual si me arrojáseis, imitando a Miguel Angel, el martillo de vuestro imperio amoroso, diciéndome: *parla, parla.*

No me tacheis, pues, Señores, no me tacheis de osado, al verme, aunque perplejo y medroso, aportar mi grano de arena al homenaje ferviente de amor y admiración con que celebramos el sexto centenario de la Canonización del Angel de las Escuelas, cuya figura gigantesca se agranda a medida que más se la contempla: que, por débiles y destempladas que resulten mis palabras en este armonioso concierto, de los aciertos o desaciertos que dijere, resultarán seguramente una loa y alabanza, quizá no pequeñas, de ese gran coloso del saber, por el mismo temor con que los digo; porque no se ha hecho alabanza más grande de la inmensidad del mar que aquella que le resulta de los temores y zozobras de los que navegan.

*
* *

Pasajera, como nube de verano, fugaz, como el brillo de las estrellas en el tachonado firmamento, pasó la filosofía pagana por el campo de la historia. Porque ¿qué luz destelló la sabia Gracia en aquella oscura y larga noche del Gentilismo? Pitágoras, el fundador de la Escuela Itálica, Platón, el filósofo gentil que más cerca ha estado de la verdad, y el Estagirita en su Peripato cruzaron; sí, cruzaron como estrellas, pero estrellas nada más, que rasgaron las densas tinieblas de aquel cielo cubierto por tupido paño funerario, para al momento eclipsarse, como avergonzadas de sí mismas, y ocultarse y perderse entre las sombras. Repasad la historia de la Filosofía, y veréis ya en los días de Sócrates, que vivió rodeado de enjambrados de sofistas, cuántos y cuán absurdos fueron los sistemas filosóficos; y en el monstruoso cerebro de los siglos posteriores hallaron cabida también el panteísmo de Buda, el socialismo de Licurgo, el escepticismo de Pirro, el transformismo de Heráclito, el sensualismo de Epicu-

ro, el eclecticismo de Celso y el trípode y las cavernas caóticas de las Pitonisas.

Y en medio de aquellas densas sombras, que forman la negra noche del error, vislúmbrase la continua lucha entre los dos sistemas opuestos del materialismo y racionalismo, que constituyen las dos tendencias del espíritu humano en orden a la investigación de la verdad: la tendencia a ensalzar el método empírico, despreciando la invectiva de la razón, y la tendencia a elevar a esta, hasta vertirla el ceñidor de diosa, coronándola con círculo de astros y asentándola en el trono de la divinidad. Y así vemos a la Escuela Jónica en el periodo antesocrático de la filosofía griega, convertida en porta-estandarte del método materialista, acaudillando a Leucipo, Demócrito y demás filósofos atomistas, al paso que aparece con Pitágoras la *idea*, sublime, magnífica al principio, extravagante después, y finalmente déspota en la Escuela Eleática, hasta que Sócrates detiene, como dique inconmovible, aquella corriente escéptica, preparando el camino a la restauración científica, que más tarde intentaran realizar los dos polos opuestos del pensamiento humano, Platón y Aristóteles, representante el primero del idealismo, y heraldo del realismo el segundo, a quien tanto deben las ciencias todas, ya que el Filósofo de Estagira, es su noble afán de armonizar la experiencia con la razón, supo adoptar el verdadero método empírico, al cual debe presidir la inteligencia para observar convenientemente, encerrar los hechos, objeto de la observación, en leyes empíricas, y sujetar a estas, si es posible, a las categorías de la razón.

Pero, al aparecer el Cristianismo en la escena humana y emprender su gigantesca empresa de derrocar el carcomido edificio del paganismo, al anidar la Iglesia en las catacumbas y volar desde allí por el espacio para penetrar en la vida pública e infiltrar su savia divina en las actividades todas del espíritu del hombre, logrando el progreso simultáneo de todas las ciencias, hízose precisa

la incorporación a la teología cristiana de la filosofía de Aristóteles, ya que, lograda por este, a virtud del método empírico, la armonía entre la experiencia y la razón, hacíase necesario armonizar también a la razón con la fe; porque, así como, en el estado de justicia original, de la sujeción de la razón y de la voluntad a Dios nacía la subordinación de la parte sensitiva a la razón, la cual incluía en aquél venturoso estado, entre otros dones preternaturales, el de ciencia, para corregir la natural ignorancia, de la misma manera, en el orden de la naturaleza reparada por Cristo, la subordinación de la razón humana a la razón divina es una premisa necesaria para que el método empírico se subordine al racional, y se restituya al hombre, de alguna manera, el don de ciencia que perdiera en las amenidades del Paraíso, al dejar entre los negros anillos de la serpiente rotas y destrozadas las alas de su ventura. Por eso era necesario construir una síntesis grandiosa, cuyo primer paso debía ser la conciliación de la razón con la fe, de la filosofía y ciencia humana con la teología y ciencia divina, y cuya última perfección y remate incluiría la armonía de la experiencia con la razón, es decir, del conocimiento de los sentidos con el conocimiento intelectual.

A satisfacer esta apremiante necesidad acuden los Santos Padres con la elocuencia poderosa de su virtud y de su palabra, apareciendo como un sabio entre los sabios el Aguila de Hipona, síntesis y personificación del pensamiento cristiano, quien con los destellos luminosos de su ingenio echó los gérmenes fecundos del escolasticismo, influyendo decisiva y poderosamente con sus propias geniales concepciones en las elucubraciones filosófico-teológicas de los siglos posteriores; porque la luz que irradian sus obras es la luz esplendorosa de la sabiduría increada, que él bebiera a raudales en las cartas inspiradas del Convertido de Damasco, quien, al escribir a los Colosenses, proclama, como verdadera ciencia, como verdadera filosofía, la ciencia, la filosofía de

7

Cristo: la filosofía única: la única ciencia; y, si la fe cristiana tiene un enviado en el Apóstol de las Gentes, también la ciencia cristiana tiene su apóstol, su enviado: el genio de Agustín.

Acreeedores son también al aplauso y admiración de los sabios Leoncio de Bizancio y el Damasceno por el esfuerzo estusiasta con que, en la explicación racional del dogma cristiano, utilizaron las doctrinas del Filósofo para la construcción de un sistema completo de la ciencia teológica, así como San Anselmo, quien, nutrido con la médula agustiniana, realiza el ideal de su maestro Lanfranco, corrigiendo los abusos e imtemperancias de Berengario para señalar su propio lugar a la autoridad y a la razón en el estudio de los dogmas revelados y en el esclarecimiento de las cuestiones metafísicas, sin que debamos pasar en silencio la gran influencia que en aquella época ejercieron los estudios canónicos, repertorios los más ricos de textos patrísticos, ya que el empeño de Ivón de Chartres y otros canonistas en sistematizar su ciencia, para formar con la multitud de materiales amontonados en los siglos anteriores un cuerpo coherente de doctrinas, no podía menos de servir de estímulo y modelo a los teólogos para impulsar con nuevos bríos la especulación racional, avanzando esta más y más con Alberto Magno, cuyo ingenioso saber químico le valió el nombre de *Mago*, y cuya amplitud de conocimientos, verdaderamente sorprendente, le hizo acreedor a que la Universidad de París le vitorease, cantando:

Mundo luxisti

Quia totum scibile scisti

Y el movimiento científico de la Escuela Teológica sigue su triunfal carrera y llega a su apogeo al abrirse paso entre los sabios todos el gran coloso del siglo XIII para realizar la anhelada cristianización del Filósofo de Estagira, quien, aunque con algunas reservas por parte de los escolásticos, habiase enseñoreado de las inteligencias de todos los pensadores.

Robado Tomás de Aquino al coro de los ángeles, para envolverlo en el hábito, por mil títulos gloriosos, de la Orden de la Verdad, brilla, como astro de primera magnitud, colocado por Dios en los horizontes de la Historia. Sol de los genios, genio sublime, genio de la ciencia, levantando, como el fénix, su raudo vuelo en el espacio, llegó hasta la cima más alta que ha podido ganar el pensamiento humano, marcando una meta que no han podido superar los siglos posteriores, al armonizar, e grandiosa síntesis, la teología agustiniana y la filosofía aristotélica, y construyendo la pirámide gigantesca de la ciencia, la *Summa Theologica*, monumento el más grandioso que ha podido levantar el espíritu filosófico, divinizado por el genio de la religión: el libro más sorprendente, el más profundo, sublime y maravilloso que salió jamás de la inteligencia del hombre, porque la Biblia salió del seno de Dios. Que es, Señores, la *Summa Theologica* del Angélico Doctor el alcázar inexpugnable de la verdad, el monumental palacio de la ciencia, la obra titánica donde se realizó la conciliación de la razón con la fe y la subordinación de la ciencia humana a la ciencia divina, como elemento primordial para lograr la del método empírico al racional por medio de la restauración de la Filosofía Escolástica, verdadera encarnación de la filosofía cristiana: sistema científico, el más original y completo de cuantos han sido capaces de idear las científicas elucubraciones de los sabios, y que coloca a su autor muy por encima de todos sus contemporáneos y sucesores por la grandeza de su inteligencia creadora; porque el Angélico Doctor, despegando sus alas del barro de la tierra, voló por las alturas, y mirando, embobado, al Sol de la Verdad, llegó a colocarse en la silla regia más alta en donde puede tomar asiento la razón humana, ayudada de Dios, para derramar desde allí torrentes de luz sobre el inmenso campo de los conocimientos filosófico-teológicos; porque puso Dios en sus manos las bellezas todas de la razón y de la revelación,

como las hojas de un poema, para que en ellas fuera cantando la hermosura de las verdades naturales y reveladas al compás de su lira, cuyo dulce sonido resonará majestuoso en los vastos dominios del saber diseminados por las regiones todas: que en todas dejó sentir la benéfica influencia de su luz y su calor el Sol esplendoroso de Aquino: en el Septentrión y en el Mediodía: en las regiones donde bebe sus encantos la aurora, y en aquellas donde muere el astro rey, envuelto en el sudario de arreboles del atardecer.

Desde las alturas inconmensurables de su ciencia, sobre las que agitaba sus alas inmensas, como Angel de las Escuelas, no sólo vió a los herejes de su tiempo, falsificando la verdad, sino a todos los que abortaron los siglos en su perenne rotación sobre la tierra. ¿Quién los podrá contar? ¿Quién contará las olas soberbias de los mares? Vió a Escoto Erígena, renovando el panteísmo de la India; a Beranger, echando los cimientos del racionalismo contemporáneo; a Abelardo con su habla mágica, pretendiendo dar solución al espinoso problema de los universales con el conceptualismo; a Amaury de Chartres, divinizando la materia prima; a Alkendi, Alfarabi, Avicenna y Averroes, amasando el panteísmo materialista con la doctrina falsificada de Aristóteles y del Corán; los vió descargando los golpes de sus hachas aceradas contra la religión y la ciencia; escuchó con oídos indignados las negaciones de Huss y de Wiclef; vió con ojos proféticos a Jansenio, disfrazando el fanatismo con la máscara hipócrita de la santidad; y a Bacón de Verulamio, llenando de espesas nieblas a Inglaterra con el empirismo antiescolástico; vió a Descartes, Luzbel de la filosofía, que se revuelve contra la escuela tradicional del escolasticismo, acaudillando a Locke y Condillac, a Hum y Berkeley: vió al mismo Dios, convertido en ciego sin providencia por estos hijos de las tinieblas; a Cristo Salvador, premiando el mal, por estar signado con el sello de la sangrienta Cruz; convertida la santidad en estatua,

que ni obra el bien, ni se sacrifica por los demás; divinizados los átomos de la materia y formando al acaso al Universo; y «al eterno Creador hecho fantasma impalpable y danzando como uno de tantos —son palabras de la doctrina hegeliana— en la ronda de todos los seres al rededor del espíritu humano, y sirviendo solo para hacer brotar con sus encuentros y choques con las demás cosas las ideas en los senos de la razón.»

Y viendo Tomás tanta rebeldía del espíritu y de la materia, cual verdadero representante de la enciclopedia cristiana, preparó el dique colosal que contuviera al turbión que amenazaba anegar las ciencias todas, llevando a feliz término con esfuerzos de titán la obra iniciada por los Santos Padres en la armonización de la razón con la fe, y restaurando y perfeccionando con inimitable maestría un método científico que nunca podrá ponderarse con elogio, aunque son tantos y tales los que le tributarán las Escuelas Teológicas que parecen haber derramado sobre él la sublimidad de todas las imágenes y la dulzura de todas las flores libadas en el pensil de la naturaleza, para ofrendarlas, en homenaje entusiasta de admiración y aplauso a las áureas obras de ese genio gigantesco, en las que, aparte de las bellezas que encierra el nervio de su argumentación, fuerte y vigorosa, aparte de la riqueza teológica que las abrillanta, ofrécese, como principal característica, el predominio de la idea religiosa en la parte filosófica, haciendo converger los rayos de la luz intelectual a esclarecer el insondable abismo de la divinidad, aclarando, en cuanto son susceptibles de aclaración, los mismos misterios sobrenaturales, y sirviéndose de la revelación, como de faro luminoso que señalara derroteros a su atrevido pensamiento.

Ved ahí, Señores, a grandes rasgos trazado, el carácter distintivo del método científico del Angélico Doctor en la Escuela Teológica: ved ahí la nota individual del método escolástico, síntesis grandiosa de los métodos empírico y racional; porque, junto al método deductivo y a

los procedimientos ontológicos hallanse unidos con indestructible enlace el método experimental, los procedimientos *a posteriori* y la observación exacta de los fenómenos internos. «El método científico del Angel de las Escuelas, ha dicho muy bien el eximio Cardenal González, no es el psicologismo exagerado de Descartes ni el ontologismo de Platón, de Malebranche y de Gioberti; es un método psicológico y ontológico a la vez; inductivo y deductivo; *a priori* y *a posteriori*; empírico y racional»; ⁽¹⁾ y ataviada con las maravillas sorprendentes de este método científico, venero inagotable de que se nutren las inteligencias próceres, pasó la ciencia de las sutilezas de una dialéctica formalista y de un peripatetismo degenerado a las grandes construcciones sintéticas, constituyendo la expresión más elevada y sublime de la razón humana, que desde las alturas inaccesibles de la fe desciende con paso seguro y vuelo rápido hasta las profundidades inconmensurables de la ciencia, sintetizando en una sola y armónica nota todos los encantos, todas las bellezas del humano saber, bien así como en un rayo de luz se funden todos los colores del iris, y en una gota de agua se compendia toda la majestad del Océano.

Enmudece, estupefacto y atónito, el espíritu observador ante la colosal grandeza del método escolástico, expresión la más perfecta de la filosofía perenne, unida en misterioso maridaje con la verdad revelada por el genio sorprendente del Aquinatense, quien, cual álcali maravilloso de la ciencia de los siglos pasados y presentes, al aparecer en el contacto de dos edades científicas, sintetizó toda la ciencia del pasado, interrogando también a la del porvenir, para encerrar a ambas con robusta contextura en gracioso marco de perlas, que refugen entre las ascuas de oro de un lenguaje eminentemente castizo, sobrio y preciso, reforzado por las esplendidas galas de una imaginación vigorosa y fecunda, que supo atraer en pos de sí a la aguerrida falange de sabios que, mudos de

(1) *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás*, tomo II, cap. 22.

estupor y asombro, depositan a sus plantas las obras inmortales que brotaran de sus plumas, para rendirle tributo de cariño y gratitud, al igual que las olas de los mares, después de besar la roca gigantesca, se postran ante ella en montones de niveas espumas, en girones de cándidos encajes. Y en los límpidos raudales de la ciencia de Tomás bebieron los escolásticos del siglo XV para llegar a demostrar de un modo definitivo la existencia de los antípodas, sospechada ya por Alberto Magno y Pedro de Ailly, realizando casi por completo el ideal cristiano; y fruto de este ideal cristiano es, Señores, el descubrimiento de las Américas, llevado a cabo en aquella época venturosa, cuando, en frase feliz de un poeta,

Cruza Colón las indomadas olas

Del pérfido Oceano;

Y allá en un mundo incógnito, su mano

Pone, audaz, las banderas españolas (1)

Un paso más, y vereis a la Escolástica avanzando rápidamente por la España y la Europa entera, hasta brillar en Trento con Cano, los dos Sotos, Vega, Laynez y Salmerón; y de los innumerables teólogos que engrandecieron la memoria de nuestra Patria bastará recordar los nombres inmortales de Bañez y Juan de Santo Tomás en la Orden de Predicadores; y en la Compañía de Jesús, los de los dos príncipes de la Teología Escolástica moderna, Vázquez y Suárez, el segundo de los cuales, juntamente con Vitoria, realizó la genial inspiración de aplicar al estudio del derecho los principios escolásticos, que en su majestuosa y triunfal carrera lograron dominar con dominio suave y poderoso en todas las regiones de la Península Ibérica: en las llanuras del Duero, en las montañas astures y cantábricas, en las costas del Atlántico y del Mediterráneo; fulgurando con sublimes destellos en nuestras más célebres Universidades, y vibrando con sonoros acentos en los libros de nuestros místicos inmortales, que hicieran brillar la gloria de nuestras letras pa-

(1) Hartzembusch.

trias por el universo mundo; y en el mundo sólo hay un pueblo-y este pueblo es España-que tenga peculiar literatura escolástica: los autos sacramentales, escritos por Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca.

Y, lejos de localizarse en nuestra patria el movimiento escolástico-teológico, repercute en Francia, Bélgica, Alemania, Suiza, Holanda, Estados Unidos... en las naciones todas; porque en todas las naciones vibra, más o menos poderoso, el entusiasmo que despertara el método científico del Angel de las Escuelas, a cuyo impulso se crean nuevas cátedras, se convocan nuevos Congresos científicos y literarios, y aparecen nuevas publicaciones, que extienden por doquier las inimitables bellezas de la Escolástica. Bélgica funda el *Instituto Superior de Filosofía*; Francia el *Instituto Católico de París*; y Alemania, la Asociación Corres-Gesellschaft; y, a manera de cañones, rodean a esa fortaleza de la ciencia, en Roma la *Civiltá Cattolica*; en Milán, la *Scuola Cattolica*; en Bruselas, la *Revue de Questions Scientifiques*; en París, la *Revue Thomiste* y *Les Etudes*; en Alemania, *Theologische Quartalschrift*; en los Estados Unidos, *Catholic y University Bulletin*; y en nuestra España, esos dos munumentos de ciencia y de saber, cuyos nombres, garantía de sólida cultura, sintetizan la Escolástica: *Razón y Fe* y *Ciencia Tomista*.

En todas ellas se razona, se discute y se refuta con el Angélico Doctor. Todo lo llena su gigantesca figura que, no pudiendo ser contenida dentro de los límites del siglo en que vivió, ha avanzado majestuosamente para demostrar al siglo XX, al siglo que enfáticamente se llama a sí mismo «siglo de las luces», que toda la ciencia de que este se envanece ya la había él enseñado; que todas las dudas que este suscita ya las había él aclarado; que todas las dificultades que este propone ya las había él solventado; y es que Tomás de Aquino hermanó para siempre la razón y la fé; armonizó la revelación y la ciencia, conduciendo al pensamiento humano de la variedad y multiplicidad de lo que conocen los sentidos a las unidades

que abarca la razón y a la unidad absoluta por que suspira la fe. Y por eso, como se oye a lo lejos el ruido de la gigante catarata que se despeña, salpicando nuestro rostro el polvo líquido, que se eleva, como nube de incienso transparente, así desde la aparición del Sol esplendoroso de Aquino se oye esa cascada sublime y gigantesca que, despeñándose desde las alturas inconmensurables de su ciencia, se desborda a través de las edades, matizando de luz el cielo purísimo de la Teología Católica, donde flota el luminoso estelar de las doctrinas escolásticas, formando larga y espléndida cadena, en cuyos eslabones reverberan con infinitos cambiantes las perlas esplendorosas y bruñidos diamantes que en la Escuela Teológica engarzara con espigón de oro el método científico del Angélico Doctor.

*
*
*

Llegado ya al término de mi penosa jornada, justo es ponerlo también a vuestra fatiga. Y, al hacerlo, observo, Señores, que he contraído una deuda con todos vosotros, por la benévola atención que vuestra indulgencia de sabios e hidalguía de caballeros ha dispensado a mi desaliñado discurso; y ello me obliga-placentera obligación-a descubrir mi sentimiento dominante para expresar en alta voz un estribillo que durante todo este acto ha resonado en las reconditeces de mi espíritu, diciéndoos con la más sincera cordialidad: ¡Mil y mil gracias!



